

Perseguidores contra sí mismos

Belén Rodríguez-Mourelo.

Daniel Iglesias Kennedy

La ranura del horizonte en llamas.

Editorial Aduana Vieja, Valencia, 2006, 202 pp.

Hubiera preferido no poner un título a esta reseña porque el de la novela de Iglesias Kennedy me parece lo suficientemente hermoso.

Un grupo de cuatro hombres desarmados emprende la cacería del mayor depredador que ha conocido la ciénaga. Se trata de un espléndido relato que desborda la línea clásica de la novela de aventuras. El viejo Eleuterio, padre de Livino y uno de los protagonistas de esta historia, vive obsesionado con vengar la muerte de su otro hijo, devorado, según cuenta una leyenda, por un cocodrilo de enormes dimensiones que habita en el pantano. Tiene que convencer a Livino, el mejor caimanero de la región, para que, con otros experimentados cazadores, salga en busca del saurio, lo liquide y devuelva la tranquilidad a la comarca. De emocionante peripecia narrativa, la novela de Iglesias Kennedy nos remite al enfrentamiento del hombre con su entorno natural; en este caso, el escenario de una selva amenazante, hostil y misteriosa. Magníficamente graduada, el acoso y la muerte del cocodrilo es una línea argumental que nos acerca a la obra de ilustres antecesores, como Melville. El autor aprovecha una narración seductora para reflexionar sobre el absurdo de los compromisos no deseados, y nos advierte de lo que ocurre cuando la obediencia complaciente de los débiles se vuelve contra ellos mismos.

Nos hallamos frente a unos personajes sólidamente individualizados, cada uno con sus motivos, su pasado y su sicología bien diferenciada. Eleuterio es el inductor de la cacería, empeñado en equilibrar la balanza de una justicia intangible que le permita recobrar la serenidad. Su hijo Livino acepta el encargo a sabiendas de que no es la decisión correcta. Los hermanos Morejón se comportan como sujetos opuestos, pero movidos por un resentimiento común. El loco Onaney es un ermitaño que vive solo en un islote del tremedal y alerta a los cazadores del error que están cometiendo. El Cuatro, un leñador que conoce como nadie los grandes peligros de su oficio. Ramón y su grupo de alzados luchan por sobrevivir, frente a un gobierno que les ha arrebatado su medio de subsistencia. Es la consecuencia del fracaso de una revolución que sólo ha logrado extender la miseria.

Entre las numerosas lecturas que ofrece esta novela, el Mayor, nombre con el que se conoce al gran cocodrilo, bien puede ser un símbolo de ese poder amedrentador que intenta convertir a los hombres en seres omitidos, sin voluntad propia, pendientes sólo de la orden de un jefe para ejecutar las

misiones más disparatadas; la nulidad del grupo que obedece a una voz de mando, aunque en su interior todos sean conscientes de que sus actuaciones son equivocadas.

Con la eficacia de una narración en la que cada palabra ha sido escogida para que el lector visualice el escenario con la nitidez de una imagen gráfica, el autor nos introduce en el tremedal donde “el monte suelta un olor a viejo que penetra en la boca y allí adentro arde. El viento pone las ramas horizontales, acostadas sobre los árboles que se sacuden como si gesticularan.” Nos lleva a visitar Río Negro, “un batey que aparece entre un monte de palos cortos, alejado de todo, donde unas cuantas casuchas se arriman al terraplén que huele a polvo.” Asistimos a las contingencias que encuentran los cazadores en su recorrido: el descarrilamiento de un tren de pasajeros; una masacre de insurrectos y el dolor de una mujer que regaña al cadáver de su marido, muerto en la balacera. Acompañamos durante una noche a un niño que cuida un horno de carbón; nos sorprende una tempestad y sentimos como “el aire choca contra la maleza y estalla en un revolcón de hierba y gajos partidos. Sopla una ventolera que viene del sur, y los relámpagos alumbran los recovecos de un monte raso.” El drama alcanza su plenitud, después de haber cumplido la misión de ejecutar al saurio, cuando Eleuterio trata inútilmente de impedir la marcha definitiva de Livino: “A tu edad, todavía uno va por la vida con la cabeza emplastada de mucha mierda.”, concluye su monólogo.

Podría seguir enumerando otros aspectos acertados en esta novela, como el intercambio de la voz narrativa que combina adecuadamente la primera con la tercera persona; la autonomía y la conexión a la vez de cada capítulo; el reflejo de la situación social cubana que no estorba en el desarrollo de la trama, sino que se acopla en ella como un ingrediente más de la realidad que viven los personajes. Pero habría que destacar muy especialmente la magia verbal de Iglesias Kennedy, el manejo muy meticuloso de un vocabulario que alcanza una fuerza expresiva capaz de provocar sobresaltos en el lector; la pasión de su prosa deslumbrante de riqueza metafórica, seca y cortante en los diálogos, pero muy jugosa en las descripciones y reveladora de un gran magisterio en algunas secuencias narrativas. Esto es algo que se echa de menos en los libros de algunos autores y autoras cubanas que han acumulado premios y éxitos de ventas. No por casualidad Iglesias Kennedy es un gramático y un especialista en temas de lingüística.

En la obra de este escritor encontramos un esfuerzo por universalizarse y escapar del nativismo telúrico, del localismo folclórico y de otros tópicos que durante años han caracterizado a cierta narrativa hispanoamericana. Iglesias Kennedy nos propone una historia en la que se conjuga la aventura con un retrato nítido de una época. Un libro que atiende por igual al hombre en su soledad frente a los poderes asfixiantes, como pueden ser la pujanza de la naturaleza y el empecinamiento de los entusiastas. Se trata de una hermosa novela que a sus lectores nos apetecerá releer algún día para seguir disfrutando de la mejor literatura.

(Belén Rodríguez-Moureló es ensayista y profesora española en el Penn State Berks College en Pennsylvania. Su libro más reciente es *Encounters in Exile. Themes in the Narrative of the Cuban Diaspora* (Aduana Vieja, 2006).